

CAPÍTULO XXI

CHINA.

DINASTIAS IV, V Y VI.

Después de Confucio (479 a. C.) se encontraron las discordias entre los diferentes Estados de la China (1), de suerte que aquel período fué llamado *Tsen-kue*, reinado de la guerra. Habiéndose extendido generalmente la opinión de que la autoridad suprema estaba fatalmente adherida á la posesión de los nueve vasos de acero en los cuales Yu había hecho dibujar las nuevas provincias del imperio chino, esforzábanse los diferentes feudatarios en hacerse dueños de ellos. Así, para anonadar aquel elemento de renacientes discordias, Yeng-uang, que aun reinaba en el nombre, los hizo arrojar en un profundo lago.

IV dinastía.—En medio de aquellos pequeños príncipes, comenzó á aumentar en poderío el de Sin, quien subyugó varios de ellos, uno después de otro, y rechazó las agresiones de los tártaros. Viéndose después con bastante fuerza para derrocar la gastada dinastía de los Cheu, ofreció al Señor supremo el solemne sacrificio, lo que equivalía á declararse rey. Los que se quisieron oponer á su elevación fueron subyugados. Nuanang, príncipe reinante, le cedió treinta y cinco ciudades que le quedaban é imploró su clemencia. La facción que trató de sostener á Tung-cheu-kiun, hijo del soberano depuesto, fué derrotada, y Chao-Siang comenzó la nueva dinastía de los Sin (248 a. C.) Este príncipe, que se había aprovechado tan hábilmente de la división de los grandes feudatarios para ascender á la primera dignidad, murió antes de consolidar su autoridad. Pero su hijo Chiang-siang-uang derrotó á los que aun se obstinaban en luchar (240), y que con sus mútuos celos causaron su pérdida; porque Chi-uang-ti, su sucesor, acabó de exterminarlos, y sometió una es-

tension de país igual á la mitad de la actual China (221).

Para librar entonces á sus Estados de las incursiones de los tártaros manchues, construyó la famosa muralla (215), ó más bien reunió las diferentes porciones que habían construido los varios señores para la defensa de sus respectivas fronteras. La gloria de esta grande empresa se encuentra oscurecida por la persecucion que suscitó á los letrados. Empeñado en renovar la faz del imperio, reconoció por una parte que los letrados eran el eje de la constitucion; por otra, que los feudatarios jamás se resignarian á la centralizacion del poder, en tanto que pudieran alegar la historia, y que probando con ella la antigua dominacion pretendieran dominar de nuevo. Envió, pues, comisionados á las diferentes comarcas del reino, para buscar y quemar irremisiblemente todos los libros, escepto los de medicina y agricultura. Puede juzgarse cuán penosamente afectó semejante orden á un pueblo tan adicto á lo pasado. No pudieron sufrirlo los doctos en silencio, lo cual les valió una persecucion, en la que pereció un gran número de ellos. Fué suficiente este acto para atraer al rey la maldicion de todos los historiadores. Si Chi-uang-ti era un tirano, no le faltaba habilidad á pesar de todo. Sostuvo la paz, restableció el orden en el imperio, publicó leyes nuevas, hizo construir arcos, caminos, canales: estas son mejoras materiales de las que no hay nada que temer cuando la inteligencia se encuentra comprimida.

En lugar de dividir el imperio entre sus hijos, usó de todos los artificios para asegurar su unidad; pero apenas hubo cerrado los ojos (209), Eul-chi, el segundo, hizo que se rebelasen varias provincias, y envenenó á su hermano mayor; poco después vió tambien él sublevarse las provincias contra su au-

toridad, y Liu-pang, soldado de fortuna, habiéndose puesto á la cabeza de los descontentos, asaltó á Ing (206), el último rey, á quien obligó á entregarle los sellos. Ascendido al trono, tomó el vencedor el nombre de Cao-su, con el título de emperador.

V dinastía.—Después de haber luchado Liu-pang cinco años contra el feroz Yang-yu, se vió saludado por todo el país con el título de *emperador elevado y augusto*. Dió á su dinastía el nombre de *Han*, que era el del país de su naturaleza, añadiéndole el de *occidental*, porque estableció su residencia en Honan-fu y despues en Si-ngan-fu. Hizo construir este emperador, para llegar á la primera de aquellas ciudades, un camino suspendido sobre desfiladeros y valles, de todos modos bastante ancho para el paso de cuatro caballos de frente, con parapetos y posadas. Empleáronse allí cien mil obreros como máquinas vivas obedeciendo á una señal de sus amos.

Una vez asegurado en el trono, se abandonó á una dulce molicie, hasta el momento en que la severa voz de los censores despertó su genio guerrero. Dedicóse entonces á visitar el país, á reprimir á los rebeldes y á sus enemigos. Pero no pudo libertarse de los yung-nu, sino buscando su alianza y dando su hija en matrimonio á su rey Mete.

«Jamás se impuso mayor vergüenza, dice un historiador chino, al imperio del centro, que, después de este tiempo perdió su honor y dignidad». Florecieron de nuevo la agricultura y las artes con la seguridad y la proteccion. Aunque Liu-pang, como acontece en tiempos de un nuevo reinado, cambió las instituciones de la dinastía precedente, no borró las proscricciones contra los letrados, que por este motivo hablaban mal de aquel príncipe, rodeado solamente de hombres de guerra. Con objeto de apaciguarlos, reunió en todas las provincias á los más instruidos en el colegio imperial, valiéndose de sus consejos, y elevándolos á las dignidades. Entre aquellos letrados, Lu-kiá, que había llegado á los más altos empleos al lado del emperador, le hablaba sin cesar de los antiguos libros. Cansado un día este príncipe de su insistencia, le dijo: *He conquistado el imperio sobre mi caballo y he llegado á ser vuestro señor sin el Chu-King. ¿Para qué sirven vuestros libros? A lo cual respondió Lu-kiá.—Si, habeis conquistado el imperio sin libros; ¿pero podeis gobernarlo sin libros? El príncipe que sabe emplear tanto la espada como el pincel, puede estar seguro de reinar largo tiempo. Si los príncipes de Sin hubiesen imitado los antiguos ejemplos, ¿os encontrariais sentado en el trono?*

Desde entonces Liu-pang, tuvo mejor opinion de las obras escritas, y él mismo compuso versos, entre los cuales se encuentran estos, que son dirigidos á Pei, lugar de su nacimiento: «¡Oh amigos, que contento es volver á ver su patria después de una larga ausencia! Los encantos de la gloria y de la grandeza, el mismo título de emperador no son

tan lisonjeros, ni pueden apagar el amor del lugar natal. Manifestémonos reconocidos para con la tierra que nos recibió niños y que nos ha alimentado. Mi patria querida, cuna de mi fortuna, estaré contigo después de mi muerte. Que mi sepulcro manifieste el afecto que te tengo; y quiero que te veas para siempre libre de todo impuesto.»

Un día que los principales funcionarios se encontraban reunidos para una fiesta, les preguntó: «¿A qué debo, segun vuestra opinion, el haberme elevado á la más alta de las dignidades?» Y como por adulacion, todos respondian que á sus virtudes. «No, replicó, sino á que he sabido conocer las diferentes capacidades de aquellos en quienes he puesto mi confianza, y emplearlos en lo que sabian hacer mejor.»

Mandó formar una coleccion de las reglas más propias para gobernar bien, y componer tratados sobre el arte de la guerra y la música, reducida á reglas precisas, y de los usos y las ceremonias. Cuando se encontraron terminadas, las hizo escribir en letras coloradas, presentar en la asamblea de los grandes, donde cada uno las firmó; después con su sello las cerró en una cajita forrada de hierro, las puso en la sala de los antepasados, con objeto de que se recurriese á ellas siempre que sus sucesores se separasen del camino recto.

Tuvo por sucesor á Huei-ti, quien se entregó ciegamente á la direccion de su madre (194). Esta, mujer ambiciosa y vengativa, intentó envenenar al príncipe de Tsi, hermano del príncipe reinante; y la misma mujer de Huei-ti tuvo que sufrir por su parte tratamientos atroces y vergonzosos. Como vió al emperador morir sin posteridad, compró un niño de una campesina que fué estrangulada por su orden inmediatamente, y haciéndole pasar por legitimo heredero de su hijo, reinó como su tutora cuando hubo sido reconocido bajo el nombre de Lieu-hu (187). Desde el momento en que ella no le encontró bastante dócil, descubrió el fraude que le había valido el trono, y se sostuvo algun tiempo con ayuda de sus parientes, que había sacado de la nada. Pero aterrada por los espectros de sus victimas, murió.

Ven-ti, hijo segundo de Liu-pang, habiendo sido llamado al trono, (179), se esplicó por esta proclama que anunciaba un buen reinado: «Todo se renueva en la primavera: los árboles y los campos adquieren un aspecto nuevo; parece que los animales reviven; todo respira y anuncia alegría. Existen ciertamente en mi pueblo enfermos, ancianos y otros desgraciados. Si yo, que soy su padre y su madre, no pienso en socorrerles, falto á mi deber. Quiero que todo mandarín, en su distrito, indague las personas que merezcan mi atencion y provea á sus necesidades. ¿Cómo podré pretender la sumision y afecto de los ancianos, si no tienen seda para cubrirse, ni alimentos, teniendo que sufrir el hambre y el frio? Que se dé, pues, á los ancianos de ochenta años, y tambien á los de menos edad, una cantidad suficiente de granos, de carne,

(1) Véase Libro IV, cap. XXV.

de vino; y á aquellos que han pasado de esta edad, seda y algodón para vestirse. Quiero además que el crimen de los hijos no recaiga sobre sus padres, ni sobre la familia.»

Cuando se promulgó este decreto los ancianos exclamaban á porfía: *¡Este es el reinado de la virtud!* y en efecto. Ven-ti hizo la felicidad del pueblo. Abolió el impuesto de la sal y la mitad de los demás; permitió que se acuñase moneda en otra parte que en la capital, y la mandó hacer redonda, con un agujero cuadrado en el medio para facilitar el transporte. Favoreció la agricultura, labrando con sus propias manos, haciendo cultivar en sus jardines moreras y criar gusanos de seda. No quiso hacer uso ni de platos de oro y plata, ni permitir que sus mujeres llevasen telas de colores variados y bordados. Como se le propusiese construir un gabinete que le hubiese costado 100 taeles, respondió: *Con esta suma sostendría cien familias. Mientras fui príncipe de Tai, no me cuidé de semejantes refinamientos. En el día que soy emperador y padre del pueblo, ¿por qué he de disipar el dinero tan inútilmente?*

Detenia su carruaje para recibir las peticiones que se le presentaban; escuchaba voluntariamente las admoniciones de los sabios; y prohibiendo la ley censurar al gobierno, publicó este memorable edicto: «En el tiempo de nuestros antiguos emperadores, se esponía en la corte por una parte una bandera en la cual cada uno podía escribir y proponer libremente los proyectos que creía buenos y útiles; por la otra parte una mesa en la que cada uno podía anotar los errores del gobierno, y lo que tenía que decir sobre ello. Este era un medio de facilitar las quejas y procurarse buenos consejos. En el día encuentro que la ley convierte en crimen el hablar mal del gobierno. Este es el medio no solo de privarnos de los conocimientos que podemos sacar de los sabios que se encuentran lejos, sino también de cerrar la boca á los oficiales de nuestra corte. ¿Cómo ha de ser instruido el príncipe en adelante de sus errores y defectos? Tiene esta ley otro inconveniente. Bajo el pretexto de que los pueblos han hecho protestas públicas y solemnes de fidelidad y de respeto al príncipe, por poco que uno las desmienta, es considerado como rebelde. Los más inocentes discursos, si desagradan á los magistrados, pasan por murmuraciones sediciosas contra el gobierno. Encuéntrase de esta manera el pueblo en su sencillez é ignorancia, culpable de un crimen capital cuando menos lo piensa. Esto es lo que yo no puedo sufrir.»

Citemos aun esta otra declaración de Ven-ti, digna de servir de modelo: «Este es el décimo cuarto año de mi reinado, y cuanto más gobierno, más conozco cuán poco soy capaz de ello, y me avergüenzo. Aunque no he faltado en cumplir las ceremonias rituales con respecto al Señor supremo y á mis abuelos, sé que nuestros antiguos y sabios reyes no pretendían por esto ninguna recompensa, ni pedían lo que se llama felicidad; de tal manera

exentos de todo interés personal, que olvidaban á sus más cercanos parientes, para sacar hasta de la nada á aquellos en quienes encontraban un saber y una virtud eminentes, y que preferían los prudentes consejos de otro á sus propias inclinaciones. ¡Bello y sabio desinterés! En el día me encuentro informado de que varios de mis oficiales disponen oraciones, no para obtener la prosperidad de mis pueblos, sino la mia propia. Si yo tolerara que mis pueblos poco cuidadosos de sus deberes y poco celosos del bien comun, pensasen únicamente en la felicidad privada de un príncipe de tan escasa virtud como yo, sería una gran falta por mi parte. En su consecuencia ordeno, que mis oficiales, sin tener tanto cuidado en hacer por mí ostentosas oraciones, dediquen su atención á llenar bien sus deberes.»

Habían concluido los reinados feudales que apoyaban sus pretensiones sobre los recuerdos conservados en los anales: de modo que estos no inspiraban ningún temor, como en el tiempo en que su destrucción fué dispuesta por Chi-ung-ti. No contento con levantar la prohibición que los proscribía, favoreció Ven-ti su reproducción, y los letrados que sobrevivían, emplearon todos sus esfuerzos en encontrar lo que se había escapado de las llamas. Sacaron de los sepulcros, de las grutas y de las ruinas, los libros é inscripciones que se habían ocultado en aquellos parajes. Principalmente el viejo Fu-seng, que ya antes de la persecución, pasaba por uno de los más distinguidos letrados, se había refugiado en el campo, y había escondido en las paredes de su casita un ejemplar del Chu-King y otros libros muy importantes, lo que permitió restablecer los anales de aquel antiquísimo imperio. Esta tarea fué grandemente secundada por dos inventos nuevos, la confección del papel con tallos de bambú machacado, y aquella tinta aun tan estimada entre nosotros.

La fama de las virtudes de Ven-ti determinó á varios pueblos vecinos á someterse á él, como lo hicieron las provincias de Kuang-tung y de Kuang-si. Pero los tártaros de raza turca renovaron la guerra, y tuvo que aprestarse á rechazarlos. Entonces redactó el ministro este informe: «Cuando los enemigos amenazan, debe pensarse en tres cosas: en fortificar las fronteras, en guarnecerlas con tropas disciplinadas y en establecer arsenales con armas á toda prueba. Leemos en los libros que combatir sin buenas armas es entregarse al enemigo, y que los generales que mandan malos soldados están seguros de una derrota. Los oficiales sin experiencia esponen al príncipe á su ruina; el príncipe que elige oficiales indignos, pone en peligro sus Estados. Importa mucho conocer al enemigo, sus fuerzas, su país. Los tártaros hacen la guerra de otra manera que nosotros. Trepan por escarpadas montañas precipitándose con impetuosidad, atraviesan torrentes y ríos á nado, saltan á través de los precipicios, franquean á caballo estrechas gargantas, manejan magistralmente el arco y las flechas, diri-

giendo seguros golpes. Atacan, se dispersan, se rehacen con una facilidad admirable. En los desfiladeros y en todo espacio estrecho, siempre tendrán ventaja; pero á campo raso donde los carros puedan maniobrar, nuestra caballería conseguirá ventajas sobre ellos. Sus arcos son menos fuertes que los nuestros, sus lanzas menos largas, sus armaduras menos sólidas, y en batalla campal no sostendrán el choque de nuestros escuadrones. No saben tampoco como nosotros echar pié á tierra, batirse con la espada, manejar la pica, sostener el ataque y abrir los batallones. Nuestras fuerzas son, pues, cinco y tres las suyas.»

Prosigue proponiendo alistar á los súbditos tártaros del imperio, ejercitarlos en la táctica china, y colocarlos en las fronteras. Debió el imperio á este espedito haberse puesto al abrigo de las incursiones del enemigo.

Este ministro era A-fu, y Ven-ti le recomendó como el único que podía salvarle, á su hijo Hiao-king-ti, quien le sucedió (156). Este príncipe, aunque afable y benévolo, vió sublevarse á los grandes que no cesaban de aspirar á la independencia. Entre los hijos de éstos, que según la costumbre, eran educados en la corte, quería el príncipe hereditario con particularidad al de On, y jugaba con él con frecuencia al ajedrez. Pero un día, habiendo entrado en cuestión le tiró el tablero á la cabeza y le dió muerte. Juró el padre vengarse, y se convino con los demás príncipes tributarios para hacer una revolución; de suerte que apenas bastó la habilidad de A-fu para sofocar el incendio.

Vu-ti (ó Hiao-vu-ti) que después ascendió al trono (140), trató de devolver al imperio su brillantez en lo interior y su fuerza exterior. Habiendo convocado, pues, á los sabios, les consultó sobre las conquistas que meditaba, pero Yong-king se expresó en estos términos: «La virtud de los monarcas abraza sus reinos como una cadena cuyos eslabones se unen los unos con los otros. Debe un príncipe comenzar por reformar los abusos, como un músico temple su instrumento antes de tocarlo. Dicese proverbialmente que el pescado vale más en la red que en el agua; es decir, que no basta especular sobre las cosas del gobierno, sino que es preciso obrar. Recopiló Confucio la doctrina de los antiguos sabios, y es la que debe seguirse, no la de los doctores del día, que corren solo tras lo que es nuevo. Haría bien V. M. en ordenar que se atuviesen á lo que enseña Confucio.»

Dócil á este consejo, renunció el emperador á sus ideas de guerra, y se puso al corriente de las necesidades de su pueblo. Habiendo reducido un incendio á diez mil familias á tal miseria, que padres comieron á sus hijos, abrió un mandarín para socorrerlos los graneros públicos sin aguardar las órdenes imperiales. Lejos de atraer este acto tan extraordinario en China el castigo sobre su autor, le valió las alabanzas de Vu-ti. El mismo mandarín ejecutaba puntualmente los decretos del hijo del cielo cuando estaban conformes á la razón y á la

justicia; se oponía á ellos cuando le eran contrarios, diciendo: «Es un crimen impulsarle á una injusticia por vil condescendencia; nuestro deber es impedirle manchar su fama.»

Vu-ti hizo corregir los libros canónicos, atrajo á su corte á los sabios, protegidos además por otros príncipes de Sin y pudieron hacer conocer con libertad los abusos y proponer las reformas. El más bello adorno de su corte fué el gran historiador Se-ma-tsian, autor de las *Memorias históricas (Sse-ki)*, de que ya hemos hecho mención (2).

Sin embargo, Vu-ti se dejó engañar por los tao-sse, quienes separándose de la doctrina de Lao-seu se entregaban á raras especulaciones y buscaban el elixir de la inmortalidad. Era en vano que los sectarios de Confucio se esforzasen en desenmascararlos. Habiendo tomado uno de ellos la copa que ofrecían al emperador, se tragó el contenido. Irritado el monarca con su audacia, le condenó á morir al momento, pero el letrado le dijo: *Si la eficacia de este licor es real, la orden que habeis dado será vana; si no os habré desengañado con mi muerte.* Vu-ti le perdonó, pero no desechó su manía, y los tao-sse continuaron ilusionándole con sus prestigios. Aprendió, no obstante á conocerles á fin de su vida, y los desterró.

Marca la quinta dinastía una época brillante para la China, que dejando de permanecer confinada en aquella estrechura sin comercio ni influencia en el extranjero, se puso en relación con sus vecinos. Tan pronto aliada, tan pronto enemiga, se hizo el centro de las operaciones comerciales, capital de la política, modelo de la civilización. Ejerciendo su acción sobre la estrechura del Asia, extendió sus conquistas y llegó á dominar por dos veces sobre el mar Caspio, en países, cuya historia nos hubiera quedado desconocida sin los autores chinos.

Los yut-chi ó escitas, nación de raza rubia, habían fundado siglo y medio antes de J. C., diferentes principados en la India, de donde fueron después arrojados por Vicramaditia; desde cuyo acontecimiento comenzó la era de aquel glorioso rey (56 a. C.); pero volvieron comunmente á aquel país, cuyas riquezas habían dejado huellas en su memoria, hasta el momento en que habiéndolo conquistado de nuevo hacía el tiempo de J. C., dieron muerte á los reyes, dominando cual señores por espacio de dos siglos. Estos son probablemente los mismos de que hablan los anales chinos con el nombre de yue-ti, poderosos entonces al Occidente del Chen-si y cerca de las montañas Celestes y tal vez idénticos á los getas ó godos de Europa. Dábanse á sí mismos el nombre de yung-nu, y los chinos llamaban hing-ku á los tártaros, otro pueblo cuyas incursiones obraban sobre la China como las invasiones de los bárbaros sobre la Europa.

(2) Véase tomo II, pág. 273.